

JOSÉ MARTÍ LEE A HOMERO

A los 150 años del nacimiento de Martí

César García Álvarez

1. Martí, un hombre de armas y de letras

José Martí (1853-1895), mentor y actor de la revolución independentista cubana (primera etapa 1878-1895; segunda etapa 1895-1898), fue un hombre “*de armas y de letras*”, al mejor estilo clásico. De las armas dan cuenta lo que él llamó en una ocasión “*la guerra necesaria*” y en otra “*la guerra amorosa*”, pues nada tenía él contra España – “*yo soy un hombre sincero / de donde crece la palma*”- sino contra los despóticos administradores españoles, que no permitían en Cuba libertades que en España sí se daban:

*¿Del tirano? Del tirano
Dí todo, dí más; y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.*

Por esta guerra independentista, “*necesaria y amorosa*” prefirió Martí no ejercer oficialmente su profesión de abogado, pues no quería reconocer y defender unas leyes que no compartía; por esta guerra aceptó la deportación a España (25 de septiembre de 1879); por la causa de Cuba viajó a Estados Unidos, México, América Central, Venezuela (fundó aquí *Revista Venezolana*, llamada “*primer manifiesto revolucionario en el mundo de las letras hispánicas*”); poco después renunció a las representaciones consulares de Uruguay y Argentina en Nueva York, pues avizoraba sometimientos innobles a Estados Unidos; finalmente, y en síntesis, tras redactar en

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

Montecristy, República Dominicana, el manifiesto revolucionario se dirigió a Cuba para la acción, el sacrificio y el ejemplo. Se cumplirían así aquellos versos premonitorios:

*Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
Como de un baño de luz.*

La acción de Martí estuvo siempre secundada por un claro pensamiento político: el de la libertad vivida en la forma más ética posible; distinguía él dos tipos de tiranías, contra la libertad y la de la libertad, porque también la libertad se hace tirana cuando llega al libertinaje: “*si la libertad de la tiranía es tremenda – decía- la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta*”. Por lo mismo, señaló: “*el arte de gobernar es encaminar por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en la que no hay un solo derecho mermado*”; definió la política como “*el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país*”; en fin, señaló para todo buen gobernante y como virtud cardinal, la de prever”: *Adivinar es un deber de los que pretenden dirigir. Para ir delante de los demás, se necesita ver más que ellos...prever es el deber de los verdaderos estadistas; dejar de prever es un delito público*. Por cierto, estuvo entre sus ideas más queridas la del panamericanismo: “*de América soy hijo, a ella me debo*”, solía repetir con frecuencia.

Sin las letras no hay revolución. Martí acompañó en esto la gran obra de otros libertadores latinoamericanos: Bolívar; en forma eminente, Francisco Miranda; escribió *Ismaelillo* (1882); *Versos Libres*(1882), *La Niña de Guatemala* (1891), *La Edad Oro* (1889) cuatro números de una revista para niños, *Versos Sencillos* (1891); *Cartas a Manuel Mercado*, *Cartas Americanas*; *Discursos*, *Los Zapaticos de Rosa*, *Los dos príncipes*, *A mis hermanos muertos el 27 de noviembre*, la novela *Amistad funesta* y otras obras más como *El Presidio Político en Cuba*, *La República Española ante la Revolución Cubana* y el drama *Adúltera*. En carta a Gonzalo de Quezada y Aróstegui, Martí sugería esta división de sus libros *Norteamericanos*, *Hispanoamericanos*, *Escenas Norteamericanas*, *Libros sobre América*, *Letras*, *Educación y Pintura*, *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, *Versos Libres*, *Lalla Rookh* (traducción del poema de Th. Moore). Néstor Carbonell editó las *Obras Completas de Martí* (La Habana 1918-1920) en 8 volúmenes; Alberto Ghirardo hace lo propio en la Editorial Atlántica de Madrid (1925-1929)

también en 8 volúmenes; la edición de Gonzalo de Quezada y Miranda (La Habana 1936-1949) consta de 74 volúmenes, otras ediciones engrosan los volúmenes y los reducen en número, así la del Centenario de la Muerte de Martí (La Habana 1946), en 2 volúmenes.

Martí fue una de las mentes más lúcidas de aquella etapa de América. Cursó la segunda enseñanza en el Instituto de la Habana bajo la orientación del sabio Mendive, animador de tertulias a las que anonimamente asistía Martí; ya en España estudió Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid y Zaragoza, más tarde une a su oficio político el de periodista – corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, *La Opinión Nacional* de Caracas, *El Partido Liberal* de Méjico, *La República* de Honduras; editor de tres revistas *La América*, *La Edad de Oro* y *Patria*; colaborador de *The Hour*, *The Sun*, *El Economista Americano* y *El Latinoamericano*; poeta, pedagogo, ensayista, teórico político, orador académico. conocedor con fluidez del inglés, francés, italiano y latín.

Fruto de aquello y esto es su ensayo para niños *La Ilíada, de Homero*, síntesis de un Martí total.

2. Martí, el clásico: “*La Ilíada*, de Homero”

a) *La estructura*

Son numerosas las fuentes clásicas en la obra de Martí. Juan Remos en su estudio *El pensamiento cubano, Martí* hace un recuento clásico en Martí, que no vamos a repetir, sorprenden sí, lecturas de Homero, Platón, Horacio, Propercio, Séneca, Lucano, Quintiliano, amén de los clásicos españoles Calderón, Quevedo, Gracián, Fray Luis de León... todos los clásicos ingleses, alemanes y franceses.

La Ilíada, de Homero, es un ensayo publicado en el número primero de la revista para niños *La Edad de Oro*. Pocas veces, acaso ninguna, háyase puesto en manos de niños un estudio sobre *La Ilíada* tan lleno de profundidad y sencillez pedagógica. Nada de aquello que los más sabios filólogos encuentran y documentan en sus estudios sobre *La Ilíada*, falta aquí: ni la tan traída y llevada cuestión homérica (Adrados) ni la fuerza expresiva o plástica de su estilo, llamada “*escultórica*” por Staiger o “*palabra sacramental*” por Ortega, ni la necesaria distinción entre hombres y dioses, ni la recomendación de las buenas ediciones y rechazo de las deficientes (alaba la de Chapman, Landor, Wolf, Leconte de Lisle y desdeña la de Hermosilla) ,sabe de la

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

metáfora y comparación homérica, por cierto destaca siempre la *areté* y *Paideia* (Jäger).

El ensayo *La Ilíada, de Homero*, desde una lectura apresurada, pareciera sólo un buen resumen de la epopeya de Homero, y lo es y mucho más. La estructura de este ensayo martiniano es sólida, aunque oculta, goza de un diseño retórico-oratorio que no se ve, y se compone de los siguientes pasos:

- a) **Exordio:** Invitación a la lectura de un texto “*hace ya 2.500 años*”.
- b) **Proposición:** Formulación clara y sencilla del tema: “*no la guerra, sino lo que pasó en la guerra*”.
- c) **Elaboración:** El motivo y desarrollo de la cólera de Aquiles . El héroe y su espacio. Dioses y hombres. Destacadas aventuras heroicas.
- d) **Refutación:** Los héroes griegos conjugaron la venganza primitiva con la piedad.
- e) **Condensación:** *Cuadros* o episodios heroicos que son un decir que abarca a muchos. Uso de fórmulas temporales condensatorias.
- c) **Peroración:** La fórmula conclusiva

“*Hace dos mil años...*”, así empieza este ensayo en forma de leyenda atractiva para niños, siendo epopeya fuerte, porque Martí aquí *canta* y *cuenta*, teje dos géneros literarios – epopeya y cuento- con maestría pedagógica no encontrada. Pero Martí fue también un destacado orador, gozaba del don de la elocuencia, y pide aquí prestada a la retórica las características concitantes del **exordio**; delimita después en la **proposición**, con la misma sencillez y eficacia, el tema: “*En la Ilíada no se cuenta toda la guerra de treinta años de Grecia contra Ilión, que era como le decían entonces a Troya; sino lo que pasó en la guerra cuando los griegos estaban todavía en la llanura asaltando a la ciudad amurallada, y se pelearon por celos los dos griegos famosos, Agamenón y Aquiles*”. Observemos ya la finura del escritor cubano: la *Ilíada* no cuenta el *qué* sino el *cómo* de la guerra, con ello Martí pone un alerta a la mente infantil lectora para que sepa bien mirar lo que allí pasó y Homero quiere que leamos: los sucesos son importantes, cómo se está ante los sucesos es más importante, es lo educativo. A partir de esta observación martiniana, el niño fija su mirada y ya no se siente leyendo cosas ajenas de antaño, obligado, tal vez, por un profesor que le pedirá dar cuenta en un amenazador

“control de lectura”; el niño, al leer el *cómo ético* se sentirá dentro de la obra: la obra de Homero está hecha para mí, dirá el niño.

La estructura presenta después el motivo central y su desarrollo en la **elaboración**: “*así empezó la cólera de Aquiles*”, que suena a aquél “*es, pues*” del primer capítulo del *Quijote* y que hay que leer así: “*Entremos en materia*”. Materia es Aquiles el hijo de una diosa, ocasión que no pierde Martí para contar a los niños cómo es el mundo de los dioses y cómo es el de los hombres. Diseñado Aquiles desde el cielo y desde la tierra, Martí despliega inmediatamente la belleza del mundo que rodea al héroe, pues la epopeya es épica, *mundo narrado o cantado*. Y si todo es tan hermoso...hablemos, escucho a Martí, de los rapsodas; en forma natural introduce el escritor cubano el tema de los cantores y su excelsa poesía.

Estamos ya casi al final del ensayo. La secreta fórmula oratoria continúa con la **refutación**, parte del discurso que Martí sumerge en un decir indirecto que nos vamos a esforzar en hacer explícito, lo leo así: *¿Acaso piensan que los griegos, tras los vejámenes al cuerpo de Héctor, lastimaron su honra de héroes? Leamos un poco más y veamos: “ Aquiles se levantó, y con sus brazos alzó del suelo a Príamo: y mandó que bañaran de ungüentos olorosos el cadáver de Héctor y que lo vistieran con una de las túnicas del gran tesoro que le traía de regalo Príamo...Y hubo paz doce días, para que los troyanos le hicieran el funeral a Héctor”*.

En el proceso del discurso retórico existen dos pasos más: la **condensación** o síntesis de lo dicho y la **peroración**. El niño ha sido informado de numerosas historias, ahora es el momento de entregar al lector una clave más, que es a la vez resumen de otras muchas aventuras heroicas”: *Cada cuadro de la Ilíada es una escena como éstas*”, así, cada *cuadro*, para que el niño capte a la vez la composición episódica o por yuxtaposición, modo de disponer toda epopeya.

A estas alturas, la mente del niño pareciera estar cansada, entonces la estructura cede a la pedagogía su puesto y el ritmo acelera y sintetiza: “*Esa noche hay un banquete...*”; “*el otro día al salir el sol...*”; y entonces fue la *fiesta de los funerales...*”; todo para terminar con la fórmula conclusiva del”: *Hubo paz...así acaba la Ilíada y el cuento de la cólera de Aquiles*”. Toda *guerra necesaria* ha de ser *guerra amorosa*, este es el ejemplo que la **peroración** invita a seguir.

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

b) El estilo

Estilo sencillo es el de Martí y, además, hablando para niños, estilo candoroso. La natural espontaneidad de la pluma del escritor cubano, “*se hace niña*” al hablar para escolares:

*Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.*

Los versos de Martí le salen del alma. Lo decía él mismo en “*A los niños que lean la Edad de Oro*”: “*Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros del mañana y con las madres de mañana...*”. Estilo conversacional es el de Martí en este ensayo que por el tema pediría altisonantes voces rubendarianas y usa, sin embargo, el léxico de todos los días. Muchas son las marcas de este estilo oral: olvida Martí, conscientemente olvida, las palabras *canto*, *relato*, *poema*, *gesta* y reitera una y otra vez *cuento* y *contar*, estableciendo una cercanía con el interlocutor niño: *En la Ilíada no se cuenta toda la guerra... así empezó la cólera de Aquiles, que es lo que cuenta la Ilíada... el poema entero está escrito para contar... de modo que lo que Homero cuenta no se olvida... la Odisea es otro poema donde Homero cuenta la vuelta de Ulises...* Hay otros muchos textos en este ensayo que hacen uso de las palabras *cuento* y *contar*, para terminar diciendo: “*Así acaba la Ilíada, y el cuento de la cólera de Aquiles*”.

El estilo de Martí propendía “*por natural inclinación de su estrella*”, como diría Fray Luis de León, a una escritura a la llana: “*¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados Versos Libres... porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras*” (Prólogo a *Versos Sencillos* de 1891); así ratificaba Martí lo que había expresado en aquel poema titulado *Contra el verso retórico y ornado*.

Existen en este ensayo sobre la *Ilíada* otras marcas de esta espontánea naturalidad, que no significan, como en Garcilaso o Bécquer, concesión a lo vulgar; así, con respecto al léxico, Martí huye tanto del cultismo ornado como de la norma inculta, no dice *murallas*, tampoco *paredes*, sino *muros*; no usa *altitud* ni *altura*, sino *cumbre*; de los vestidos no habla de *atuendos* ni de la desgastada palabra *ropa*, sino *túnica*, y así bebe Martí en las más depuradas

aguas “*del escribo como hablo*” de los clásicos. Pero acaso sea su manifiesto poético, *Mi poesía*, quien más nos diga de este estilo sencillo y noble del poeta cubano:

*Muy fiera y caprichosa es la poesía,
A decírselo vengo al pueblo honrado:
La denuncio por fiera. Yo la sirvo
Con toda honestidad; no la maltrato;
No la llamo a deshora, cuando duerme
Quieta, soñando, de mi amor cansada,
Pidiendo para mí fuerzas al cielo;
No la pinto de gualda y amaranto
Como aquellos poetas; no le estrujo
En un talle de hierro el franco seno;
Y el cabello dorado, suelto al aire,
Ni con cintas retóricas le cojo;
No: no la pongo en lindas vasijas
Que moriría; sino la vierto al mundo
A que cree y fecunde, y ruede y crezca
Libre cual las semillas por el viento.
Eso sí: cuido mucho de que sea
Claro el aire en su torno; musicales,
- puro su lecho y limpio y surtido
los rasos que la amparan en el sueño
y limpios y aromados sus vestidos.*

Sobre las comparaciones, tan homéricas, señala Martí: “*No busca Homero las comparaciones en las cosas que no se ven, sino en las que se ven: de modo que lo que él cuenta no se olvida, porque es como si se lo hubiera tenido delante de los ojos*”. El niño, también el adulto, aman la plasticidad de la comparación y la metáfora -“*que vayan por la vista y el oído al sentimiento*”, decía, y abundan en este ensayo, comparación y metáfora, aunque atemperadas, castigada la fuerte violencia que Homero les imponía. He aquí algunos ejemplos martinianos: Los troyanos huyen “*como langostas que escapan del incendio*”; y la diosa Tetis sale a oírlo “*como una bruma que se va levantando de las olas*”; “*Néstor hablaba dulce como la miel*”; “*en el río era Aquiles como un gran delfín*”.

En el estilo de Martí no falta el epíteto: abriga este particular adjetivo el decir y sustantiviza con ello lo contado poniéndolo en un “*illo*

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

tempore” mítico. Si el decir del cuento, traía el relato a lo cercano, por esta vía del epíteto lo aleja y sumerge en el mundo de los dioses. He aquí algunos de estos adjetivos dignificadores: “*Apolo, el de pelo colorado*”, “*los brazos blancos de Venus*”, “*la flecha terrible*”, “*la hermosa entrevista entre Héctor y Andrómaca*”, “*brillando como estrella de la tarde*”, “*ungüentos olorosos*”...

c) La areté de la Ilíada para una época de revolución

En Martí la *areté* homérica es la misma y es otra. Han cambiado los tiempos y otras virtudes - además de las de Homero- reclaman los tiempos y nueva epopeya independentista. Leemos en este ensayo: “*En la Ilíada, aunque no lo parece, hay mucha filosofía y mucha ciencia y mucha política, y se enseña a los hombres, como sin querer, que los dioses no son en realidad más que poesías de la imaginación y que los países no se pueden gobernar por el capricho de un tirano sino por el acuerdo y respeto de los hombres principales que el pueblo escoge para explicar el modo con que quiere que lo gobiernen*”. Aquiles, por ejemplo, es modelo de ayer y de hoy: “*Aquiles era el más valiente de todos los reyes griegos, y hombre amable y culto, que cantaba en la lira las historias de los héroes, y se hacía querer de las mismas esclavas...*”. Era Aquiles hijo de diosa, la diosa Tetis, pero ¿un héroe ha de ser hijo de dios o diosa para ser tal héroe? Sabe Martí que esto no es modelo para hoy ni para él, hijo de cuna humilde: su padre, un celador de policía español y su madre, nacida en Islas Canarias, dueña de casa. Comenta entonces Martí la vieja y nueva *areté*: “*Aquiles hijo de la diosa Tetis. Y eso no es muy extraño, porque todavía hoy dicen los reyes que el derecho de mandar en los pueblos les viene de Dios, que es lo que llaman “el derecho divino de los reyes”, y no es más que una idea vieja de aquellos tiempos de pelea, en que los pueblos eran nuevos y no sabían vivir en paz, como viven en el cielo las estrellas, que todas tienen luz aunque son muchas, y cada una brilla aunque tenga al lado otra*”.

Martí habla de los dioses y los hombres y depura para los niños cubanos las mejores esencias del cristianismo en el que él creía: Son necesarios los dioses, “*porque el hombre se ve pequeño ante la naturaleza que lo crea y lo mata y siente la necesidad de creer en algo poderoso, y de rogarle para que lo trate bien en el mundo, y para que no le quite la vida*”. La religión es buena, si es bien usada, mala en manos de malos cristianos, como aquellos conquistadores contra los que se levantó el Padre Las Casas, modelo de fe y acción. *El Padre Las Casas* ensayo que apareció en el número

tres de *La Edad de Oro* es, tal vez, una de las piezas literarias más perfectas de Martí, complementa esta *areté* de la *Ilíada*.

La *Ilíada* invita además a amar la naturaleza y alabar a su Hacedor”: *Pero lo hermoso de la Ilíada es aquella manera con que pinta el mundo, como si lo viera el hombre por primera vez, y corriese de un lado para otro llorando de amor, con los brazos levantados, preguntándole al cielo quién puede tanto, y dónde está el creador, y cómo compuso y mantuvo tantas maravillas*” En esto Martí toca un tema de fondo expresado por él en muchas poesías, el sagrado sentimiento del paisaje; leemos en sus *Versos Sencillos*:

*Si ves un monte de espumas
Es mi verso lo que ves:
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.*

*¡Arpa soy, salterio soy
donde vibra el Universo:
vengo del sol, y al sol voy:
soy el amor; soy el verso!*

Y no es fácil resistirse a no reproducir aquellos otros que aparecieron en el número primero de *La Edad de Oro* con el título de *Dos Milagros*, porque no hay Edad de Oro sin naturaleza pura e inmaculada, como aquella de la que habla Isaías al anunciar el Reino Mesiánico o Virgilio en la *Égloga IV* y que tan bien comenta don Quijote en el *Discurso de la Edad Dorada*:

*Iba un niño travieso
Cazando mariposas;
Las cazaba el bribón, les daba un beso,
Y después las soltaba entre las rosas.*

*Por tierra en un estero,
Estaba un sicómoro;
Le da un rayo de sol, y del madero
Muerto, sale volando un ave de oro.*

Decía Sibelius: “*la crítica hizo entrar al hombre en la Edad Moderna y el progreso*” y Martí, hombre moderno, ejercita a los niños en este espíritu crítico, que también es una *areté* de los nuevos tiempos: De la *Ilíada*, dice

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

Martí, se discute si hubo un autor o varios, pero “*no parece haber trabajo de muchos en un poema donde no cambia el modo de hablar, ni el de pensar, ni el de hacer los versos*”. Más adelante encara el escritor cubano a los traductores de la *Ilíada* y critica sus virtudes y rechaza sus vicios: “*la traducción de Landor que tiene más de Homero que la de Pope, que es la más elegante; el que sepa alemán, lea la de Wolf, que es como leer el griego mismo. El que no sepa francés, apréndalo enseguida, para que goce de toda la hermosura de Leconte de Lisle, que hace los versos a la antigua, como si fueran de mármol. En castellano, mejor es no leer la traducción que hay, que es de Hermosilla, porque las palabras de la Ilíada están allí, pero no el fuego, el movimiento, la majestad...*”

Muchas otras virtudes heroicas destaca Martí en la *Ilíada* y, por decir una que abarca a muchas, quede la de la bárbara venganza que Aquiles hace de Héctor y la piedad hasta el llanto que el mismo héroe griego brinda a Príamo, porque el hombre está llamado, como los héroes de las novelas de caballerías a hacer a veces “*hermosas venganzas*” o, como el mismo Martí expresó: “*necesarias y amorosas guerras*”.

La Ilíada, de Homero, que es la *Ilíada de Martí*, es una obra en la que se cuentan y se cantan viejas historias de hombres y dioses: *cuanto* y *canto* o *epopeya* se entreveran en una suerte de pieza única donde la voz del aedo, si se sumerge en la palabra de la conseja, la palabra de la conseja baña con dorada luz infantil, los más fieros y ejemplares combates que alguna vez se dieron en el campo de la imaginación.

LA ILIADA, DE HOMERO

José Martí*

Hace dos mil quinientos años era ya famoso en Grecia el poema de la *Ilíada*. Unos dicen que lo compuso Homero, el poeta ciego de la barba de rizos, que andaba de pueblo en pueblo cantando sus versos al compás de la lira, como hacían los aedas de entonces. Otros dicen que no hubo Homero, sino que el poema lo fueron componiendo diferentes cantores. Pero no parece que pueda haber trabajo de muchos en un poema donde no cambia el modo de hablar, ni el de pensar, ni el de hacer los versos, y donde desde el principio hasta el fin se ve tan claro el carácter de cada persona que puede decirse quién es por lo que dice o hace, sin necesidad de verle el nombre. Ni es fácil que un mismo pueblo tenga muchos poetas que compongan los versos con tanto sentido y música como los de la *Ilíada*, sin palabras que falten o sobren; ni que todos los diferentes cantores tuvieran el juicio y grandeza de los cantos de Homero, donde parece que es un padre el que habla.

En la *Ilíada* no se cuenta toda la guerra de treinta años de Grecia contra Ilión, que era como le decían a Troya; sino lo que pasó en la guerra cuando los griegos estaban todavía en la llanura asaltando a la ciudad amurallada, y se pelearon por celos los dos griegos famosos, Agamenón y Aquiles. A Agamenón le llamaban el Rey de los Hombres, y era como un rey mayor, que tenía más mando y poder que todos los demás que vinieron de Grecia a pelear contra Troya, cuando el hijo del rey troyano, del viejo Príamo, le robó la mujer a Menelao, que estaba de rey en uno de los pueblos de Grecia, y era hermano de Agamenón. Aquiles era el más valiente de todos los reyes griegos, y hombre amable y culto, que cantaba en la lira las historias de los héroes, y se hacía querer de las mismas esclavas que le tocaban de botín cuando se repartían los prisioneros después de sus victorias. Por una prisionera fue la disputa de los reyes, porque Agamenón se resistía a devolver al sacerdote troyano Crises, su hija Criseis, como decía el sacerdote griego Calcas que se debía devolver, para que se calmase en el Olimpo, que era el cielo de entonces, la furia de Apolo, el dios del Sol, que estaba enojado con

* Publicado en el número primero de la revista para niños la *Edad de Oro*. Nueva York, 1889.

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

los griegos porque Agamenón tenía cautiva a la hija de un sacerdote: y Aquiles, que no le tenía miedo se levantó entre todos los demás, y dijo que se debía hacer lo que Calcas quería, para que se acabase la peste de calor que estaba matando en montones a los griegos, y era tanta que no se veía el cielo nunca claro, por el humo de las piras en que quemaban los cadáveres. Agamenón dijo que devolvería a Criseis, si Aquiles le daba a Briseis, la cautiva que él tenía en su tienda. Y Aquiles le dijo a Agamenón “*borracho de ojos de perro y corazón de venado*”, y sacó la espada de puño de plata para matarlo delante de los reyes; pero la diosa Minerva, que estaba invisible a su lado le sujetó la mano, cuando tenía la espada a medio sacar. Y Aquiles echó al suelo su cetro de oro, y se sentó, y dijo que no pelearía más a favor de los griegos con sus bravos mirmidones, y que se iba a su tienda.

Así empezó la cólera de Aquiles, que es lo que cuenta la *Iliada*, desde que se enojó en esa disputa, hasta que el corazón se le enfureció cuando los troyanos le mataron a su amigo Patroclo, y salió a pelear otra vez contra Troya, que estaba quemándoles los barcos a los griegos y los tenía casi vencidos. No más que con dar Aquiles una voz desde el muro, se echaba atrás el ejército de Troya, como la ola cuando empuja una corriente contraria de viento, y les temblaban las rodillas a los caballos troyanos. El poema entero está escrito para contar lo que sucedió a los griegos desde que Aquiles se dio por ofendido: -la disputa de los reyes-, el consejo de los dioses del Olimpo, en que deciden los dioses que los troyanos venzan a los griegos, en castigo de la ofensa de Agamenón a Aquiles -el combate de Paris, hijo de Príamo, con Menéalo, el esposo de Helena-, la tregua que hubo entre los dos ejércitos, y el modo con que el arquero troyano Pandaro la rompió con su flechazo a Menelao -la batalla del primer día, en que el valientísimo Diómedes tuvo casi muerto a Eneas de una pedrada-, la visita de Héctor, el héroe de Troya a su esposa Andrómaca, que lo veía pelear desde el muro -la batalla del segundo día, en que Diómedes huye en su carro de pelear, perseguido por Héctor vencedor-, la embajada que le mandan los griegos a Aquiles, para que vuelva a ayudarlos en los combates, porque desde que él no pelea están ganando los troyanos -la batalla de los barcos, en que ni el mismo Ajax puede defender las naves griegas del asalto, hasta que Aquiles consiente en que Patroclo pelee con su armadura-, la muerte de Patroclo -la vuelta de Aquiles al combate, con la armadura nueva que le hizo el dios Vulcano-, el desafío de Aquiles y Héctor -, la muerte de Héctor- y las súplicas con que su padre Príamo logra que Aquiles le devuelva el cadáver, para quemarlo en Troya en la pira de honor, y guardar los huesos blancos en una caja de oro. Así se enojó Aquiles, ésos fueron los sucesos de la guerra, hasta que se le acabó el enojo.

A Aquiles no lo pinta el poema como hijo de hombre, sino de diosa del mar, de la diosa Tetis. Y eso no es muy extraño, porque todavía hoy dicen los reyes que el derecho de mandar en los pueblos les viene de Dios, que es lo que llaman “*el derecho divino de los reyes*”, y no es más que una idea vieja de aquellos tiempos de pelea, en que los pueblos eran nuevos y no sabían vivir en paz, como viven en el cielo las estrellas, que todas tienen luz aunque son muchas, y cada una brilla aunque tenga al lado otra. Los griegos creían, como los hebreos, y como otros muchos pueblos, que ellos eran la nación favorecida por el creador del mundo, y los únicos hijos del cielo en la tierra. Y como los hombres son soberbios, y no quieren confesar que otro hombre sea más fuerte o más inteligente que ellos, cuando había un hombre fuerte o inteligente que se hacía rey por su poder decían que era hijo de los dioses. Y los reyes se alegraban de que los pueblos creyesen esto; y los sacerdotes decían que era verdad, para que los reyes les estuvieran agradecidos y los ayudaran. Y así mandaban juntos los sacerdotes y los reyes.

Cada rey tenía en el Olimpo sus parientes, y era hijo, o sobrino, o nieto de un dios, que bajaba del cielo a protegerlo o a castigarlo, según le llevara a los sacerdotes de su templo muchos regalos o pocos; y el sacerdote decía que el dios estaba enojado cuando el regalo era pobre, o que estaba contento, cuando le habían regalado mucha miel y muchas ovejas. Así se ve en la *Iliada*, que hay como dos historias en el poema, una en la tierra, y en el cielo otra; y que los dioses del cielo son como una familia, sólo que no hablan como personas bien criadas, sino que se pelean y se dicen injurias. Lo mismo que los hombres en el mundo. Siempre estaba Júpiter, el rey de los dioses, sin saber qué hacer; porque su hijo Apolo quería proteger a los troyanos, y su mujer Juno a los griegos, lo mismo que su otra hija Minerva; y había en las comidas del cielo grandísimas peleas, y Júpiter le decía a Juno que lo iba a pasar mal si no se callaba enseguida, y Vulcano el cojo, el sabio del Olimpo, se reía de los chistes y maldades de Apolo, el de pelo colorado, que era el dios travieso. Y los dioses subían y bajaban, a llevar y traer a Júpiter los recados de los troyanos y los griegos; o peleaban sin que se les viera en los carros de sus héroes favorecidos; o se llevaban en brazos por las nubes a su héroe para que no lo acabase de matar el vencedor, con la ayuda del dios contrario. Minerva toma la figura del viejo Néstor, que hablaba dulce como la miel, y aconseja a Agamenón que ataque a Troya. Venus desata el casco de Paris cuando el enemigo Menelao lo va arrastrando del casco por la tierra; y se lleva a Paris por el aire. Venus también se lleva a Eneas, vencido por Diómedes, en sus brazos blancos. En una escaramuza va Minerva guiando el carro de pelear del griego, y Apolo viene contra ella, guiando el carro troyano. Otra vez, cuando

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

por engaño de Minerva dispara Pandaro su arco contra Menelao, la flecha terrible le entró poco a Menelao en la carne, como cuando una madre le espanta a su hijo de la cara una mosca. En la *Ilíada* están juntos siempre los dioses y los hombres, como padres e hijos. Y en el cielo suceden las cosas lo mismo que en la tierra; como que son los hombres los que inventan los dioses a su semejanza, y cada pueblo imagina un cielo diferente con divinidades que viven y piensan lo mismo que el pueblo que las ha creado y las adora en los templos: porque el hombre se ve pequeño ante la naturaleza que lo crea y lo mata, y siente la necesidad de creer en algo poderoso, y de rogarle para que lo trate bien en el mundo, y para que no le quite la vida. El cielo de los griegos era tan parecido a Grecia, que Júpiter mismo es como un rey de reyes, y una especie de Agamenón, que puede más que los otros, pero no hace todo lo que quiere, sino ha de oírlos y contentarlos, como tuvo que hacer Agamenón con Aquiles. En la *Ilíada*, aunque no lo parece, hay mucha filosofía, y mucha ciencia y mucha política, y se enseña a los hombres, como sin querer, que los dioses no son en realidad más que poesías de la imaginación, y que los países no se pueden gobernar por el capricho de un tirano sino por el acuerdo y respeto de los hombres principales que el pueblo escoge para explicar el modo con que quiere que lo gobiernen.

Pero lo hermoso de la *Ilíada* es aquella manera con que pinta el mundo, como si lo viera el hombre por primera vez, y corriese de un lado para otro llorando de amor, con los brazos levantados, preguntándole al cielo quién puede tanto, y de dónde está el creador, y cómo compuso y mantuvo tantas maravillas. Y otra hermosura de la *Ilíada* es el modo de decir las cosas, sin esas palabras fanfarronas que los poetas usan porque les suenan bien; sino con palabras muy pocas y fuertes, como cuando Júpiter consintió en que los griegos perdieran algunas batallas, hasta que se arrepintiesen de la ofensa que le habían hecho a Aquiles, y “*cuando dijo que sí, tembló el Olimpo*”. No busca Homero las comparaciones en las cosas que no se ven, sino en las que se ven: de modo que lo que él cuenta no se olvida, porque es como si se lo hubiera tenido delante de los ojos. Aquellos eran tiempos de pelear, en que cada hombre iba de soldado defender a su país, o salía por ambición o por celos a atacar a los vecinos; y como no había libros entonces, ni teatros, la diversión era oír al aeda que cantaba en la lira las peleas de los dioses y las batallas de los hombres; y el aeda tenía que hacer reír con las maldades de Apolo y Vulcano, para que no se le cansase la gente del canto serio; y les hablaba de lo que la gente oía con interés, que eran las historias de los héroes y las relaciones de las batallas, en que el aeda decía cosas de médico y de político, para que el pueblo hallase gusto y provecho de oírlo, y diera buena

paga y fama al cantor que le enseñaba en sus versos el modo de gobernarse y de curarse. Otra cosa que entre los griegos gustaba mucho era la oratoria, y se tenía como hijo de un dios al que hablaba bien, o bien hacía llorar o entender a los hombres. Por eso hay en la *Ilíada* tantas descripciones de combates, y tantas curas de heridas, y tantas arengas.

Todo lo que se sabe de los primeros tiempos de los griegos, está en la *Ilíada*. Llamaban rapsodas en Grecia a los cantores que iban de pueblo en pueblo, cantando la *Ilíada* y la *Odisea*, que es otro poema donde Homero cuenta la vuelta de Ulises. Y más poemas parece que compuso Homero, pero otros dicen que éstos no son suyos, aunque el griego Heródoto, que recogió todas las historias de su tiempo, trae noticias de ellos, y muchos versos sueltos en la vida de Homero que escribió, que es la mejor de las ocho que hay escritas, sin que se sepa de cierto si Heródoto la escribió de veras, o si no la contó muy de prisa y sin pensar, como solía él escribir.

Se siente uno como gigante, o como si estuviera en la cumbre de un monte, con el mar sin fin a los pies, cuando lee aquellos versos de la *Ilíada*, que parecen de letras de piedra. En inglés, hay muy buenas traducciones, y el que sepa inglés debe leer la *Ilíada* de Chapman, o la de Dodsley, o la de Landor, que tienen más de Homero que la de Pope, que es la más elegante. El que sepa alemán, lea la de Wolf, que es como leer el griego mismo. El que no sepa francés, apréndalo enseguida, para que goce de toda la hermosura de aquellos tiempos en la traducción de Leconte de Lisle, que hace los versos a la antigua, como si fueran de mármol. En castellano, mejor es no leer la traducción que hay, que es de Hermosilla; porque las palabras de la *Ilíada* están allí, pero no el fuego, el movimiento, la majestad, la divinidad, a veces, del poema en que parece que se va amanecer el mundo –en que los hombres caen como los robles o como los pinos–, en que el guerrero Ajax defiende a lanzazos su barco de los troyanos más valientes– en que Héctor de una pedrada echa abajo la puerta de una fortaleza–, en que los dos caballos inmortales, Xantos y Balios, lloran de dolor cuando ven muerto a su amo Patroclo– y las diosas amigas, Juno y Minerva, vienen del cielo en un carro que de cada vuelta de rueda atraviesa tanto espacio como el que un hombre sentado en un monte ve, desde su silla de roca, hasta donde el cielo se junta con el mar.

Cada cuadro de la *Ilíada* es una escena como éstas. Cuando los reyes miedosos dejan solo a Aquiles en su disputa con Agamenón, Aquiles va a llorar a la orilla del mar, donde están desde hace diez años los barcos de los cien mil griegos que atacan a Troya; y la diosa Tetis sale a oírlo, como una bruma que se va levantando de las olas. Tetis sube al cielo, y Júpiter le

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

promete, aunque se enoje Juno, que los troyanos vencerán a los griegos hasta que los reyes se arrepientan de la ofensa de Aquiles. Grandes guerreros hay entre los griegos: Ulises, que era tan alto que andaba entre los demás hombres como un macho entre el rebaño de carneros; Ajas, con el escudo de ocho capas, siete de cuero y una de bronce; Diomedes, que entra en la pelea resplandeciente, devastando como un león hambriento en un rebaño: -pero mientras Aquiles esté ofendido, los vencedores serán los guerreros de Troya: Héctor, el hijo de Príamo; Eneas, el hijo de la diosa Venus; Sarpedón, el más valiente de los reyes que vino a ayudar a Troya, el que subió al cielo en brazos del Sueño y de la Muerte, a que lo besase en la frente su padre Júpiter, cuando lo mató Patroclo de un lanzazo. Los dos ejércitos se acercan a pelear: los griegos, callados, escudo contra escudo; los troyanos dando voces, como ovejas que vienen balando por sus cabritos. Paris desafía a Menelao, y luego se vuelve atrás; pero la misma hermosísima Helena le llama cobarde, y Paris, el príncipe bello que enamora a las mujeres, consiente en pelear, carro a carro, contra Menelao, con lanza, espada y escudo: vienen los heraldos, y echan suertes con dos piedras en un casco, para ver quién disparará primero su lanza. Paris tira el primero, pero Menelao se lo lleva arrastrando, cuando Venus le desata el casco de la barba, y desaparece con Paris en las nubes. Luego es la tregua; hasta que Minerva, vestida como el hijo del troyano Antenor, le aconseja con alevosía a Pandaro que dispare la flecha contra Menelao, la flecha del arco enorme de dos cuernos y la juntura de oro, para que los troyanos queden ante el mundo por traidores, y sea más fácil la victoria de los griegos, los protegidos de Minerva. Dispara Pandaro la flecha: Agamenón va de tienda en tienda levantando a los reyes: entonces es la gran pelea en que Diomedes hiere al mismo dios Marte, que sube al cielo con gritos terribles en una nube de trueno, como cuando sopla el viento del sur; entonces es la hermosa entrevista de Héctor y Andrómaca, cuando el niño no quiere abrazar a Héctor porque le tiene miedo al casco de plumas, y luego juega con el casco, mientras Héctor le dice a Andrómaca que cuide de las cosas de la casa, cuando él vuelva a pelear. Al otro día Héctor y Ajax pelean como jabalíes salvajes hasta que el cielo se oscurece: pelean con piedras cuando ya no tienen lanza ni espada: los heraldos los vienen a separar, y Héctor le regala su espada de puño fino a Ajax y Ajax le regala a Héctor un cinturón de púrpura.

Esa noche hay banquete entre los griegos, con vinos de miel y bueyes asados; y Diomedes y Ulises entran solos en el campo enemigo a espiar lo que prepara Troya, y vuelven, manchados de sangre, con los caballos y el carro del rey tracio. Al amanecer, la batalla es en el murallón que han levantado los

griegos en la playa frente a sus buques. Los troyanos han vencido a los griegos en el llano. Ha habido cien batallas sobre los cuerpos de los héroes muertos. Ulises defiende el cuerpo de Diomedes con su escudo, y los troyanos le caen encima como los perros al jabalí. Desde los muros disparan sus lanzas los reyes griegos contra Héctor victorioso, que ataca por todas partes. Caen los bravos, los de Troya y los de Grecia, como los pinos a los hachazos del leñador. Héctor va de una parte a otra, como león que tiene hambre. Levanta una piedra de punta que dos hombres no podían levantar, echa abajo la puerta mayor, y corre por sobre los muertos a asaltar los barcos. Cada troyano lleva una antorcha, para incendiar las naves griegas: Ajax, cansado de matar, ya no puede resistir el ataque en la proa de su barco, y dispara de atrás, de la borda: ya el cielo se enrojece con el resplandor de las llamas. Y Aquiles no ayuda todavía a los griegos: no atiende a lo que le dicen los embajadores de Agamenón: no embraza el escudo de oro, no se cuelga del hombro la espada, no salta con los pies ligeros en el carro, no empuña la lanza que ningún hombre podía levantar, la lanza Pelea. Pero le ruega su amigo Patroclo, y consiente en vestirlo con su armadura, y dejarlo ir a pelear. A la vista de las armas de Aquiles, a la vista de los mirmidones, que entran en la batalla apretados como las piedras de un muro, se echan atrás los troyanos miedosos. Patroclo se mete entre ellos, y les mata nueve héroes de cada vuelta del carro. El gran Sarpedón le sale al camino, y con la lanza le atraviesa Patroclo las sienas. Pero olvidó Patroclo el encargo de Aquiles, de que no se llegase muy cerca de los muros. Apolo invencible lo espera al pie de los muros, se le sube al carro, lo aturde de un golpe en la cabeza, echa al suelo el casco de Aquiles, que no había tocado el suelo jamás, le rompe la lanza a Patroclo, y le abre el coselete, para que lo hiera Héctor. Cayó Patroclo, y los caballos divinos lloraron. Cuando Aquiles vio muerto a su amigo, se echó por la tierra, se llenó de arena la cabeza y el rostro, se mesaba a grandes gritos la melena amarilla. Y cuando le trajeron a Patroclo en un ataúd, lloró Aquiles. Subió al cielo su madre, para que Vulcano le hiciera un escudo nuevo, con el dibujo de la tierra y el cielo, y el mar y el sol, y la luna y todos los astros, y una ciudad en paz y otra en guerra, y un viñedo cuando están recogiendo la uva madura, y un niño cantando en una arpa, y una boyada que va a arar, y danzas y música de pastores, y alrededor, como un río, el mar: y le hizo un coselete que lucía como el fuego, y un casco con la visera de oro. Cuando salió al muro a dar las tres voces, los troyanos se echaron en tres oleadas contra la ciudad, los caballos rompían con las ancas el carro, espantados, y morían hombres y brutos en la confusión, no más que de ver sobre el muro a Aquiles, con una llama sobre la cabeza que resplandecía como el sol de otoño. Ya Agamenón

César García Álvarez, José Martí lee a Homero

se ha arrepentido, ya el consejo de reyes le ha mandado regalos preciosos a Aquiles, ya le han devuelto a Briseis, que llora al ver muerto a Patroclo, porque fue amable y bueno.

Al otro día, al salir el sol, la gente de Troya, como langostas que escapan del incendio, entra aterrada en el río, huyendo de Aquiles, que mata lo mismo que siega la hoz, y de una vuelta del carro se lleva a doce cautivos. Tropieza con Héctor; pero no pueden pelear, porque los dioses les echan de lado las lanzas. En el río era Aquiles como un gran delfín, y los troyanos se despedazaban al huirle, como los peces. De los muros le ruega a Héctor su padre viejo que no pelee con Aquiles: se lo ruega su madre. Aquiles llega: Héctor huye: tres veces le dan vuelta a Troya en los carros. Todo Troya está en los muros, el padre mesándose con las dos manos la barba; la madre con los brazos tendidos, llorando y suplicando. Separa Héctor, y le habla a Aquiles antes de pelear, para que no se lleve su cuerpo muerto si lo vence. Aquiles les quiere el cuerpo de Héctor, para quemarlo en los funerales de su amigo Patroclo. Pelean. Minerva está con Aquiles: le dirige los golpes: le trae la lanza, sin que nadie la vea: Héctor, sin lanza ya, arremete contra Aquiles como águila que baja del cielo, con las garras tendidas, sobre un cadáver: Aquiles le va encima, con la cabeza baja, y la lanza Pelea brillándole en la mano como estrella de la tarde. Por el cuello le mete la lanza a Héctor, que cae muerto, pidiendo a Aquiles que dé su cadáver a Troya. Desde los muros han visto la pelea el padre y la madre. Los griegos vienen sobre el muerto, y lo lancean, y lo vuelven con los pies de un lado a otro, y se burlan. Aquiles manda que le agujereen los tobillos, y metan por los agujeros dos tiras de cuero: y se lo lleva en el carro, arrastrando.

Y entonces levantaron con leños una gran pira para quemar el cuerpo de Patroclo. A Patroclo lo llevaron a la pira en procesión, y cada guerrero se cortó un guedejo de sus caballos, y lo puso sobre el cadáver; y mataron en sacrificio cuatro caballos de guerra y dos perros; y Aquiles mató con su mano los doce prisioneros y los echó a la pira: y el cadáver de Héctor lo dejaron a un lado, como un perro muerto: y quemaron a Patroclo, enfriaron con vino las cenizas, y las pusieron en una urna de oro. Sobre la urna echaron tierra, hasta que fue como un monte. Aquiles amarraba cada mañana por los pies a su carro a Héctor, y le daba vuelta al monte tres veces. Pero a Héctor no se le lastimaba el cuerpo, ni se le acababa la hermosura, porque desde el Olimpo cuidaban de él Venus y Apolo.

Y entonces fue la fiesta de los funerales, que duró doce días: primero una carrera con los carros de pelear, que ganó Diomedes; luego una pelea a puñetazos entre dos; hasta que quedó uno como muerto; después una lucha a

cuerpo desnudo, de Ulises con Ajax; y la corrida de a pie, que ganó Ulises; y un combate con escudo y lanza; y otro de flechas, para ver quién era el mejor flechero; y otro de lanceadores, para ver quién tiraba más lejos la lanza.

Y una noche, de repente, Aquiles oyó ruido en su tienda; y vio que era Príamo, el padre de Héctor, que había venido sin que lo vieran, con el dios Mercurio –Príamo, el de la cabeza blanca y la barba blanca-, Príamo, que se le arrodilló a los pies, y le besó las manos muchas veces, y le pedía llorando el cadáver de Héctor. Y Aquiles se levantó, y con sus brazos alzó del suelo a Príamo; y mandó que bañaran de ungüentos olorosos el cadáver de Héctor, y que lo vistiesen con una de las túnicas del gran tesoro que le traía de regalo Príamo; y por la noche comió carne y bebió vino con Príamo, que se fue a acostar por primera vez, porque tenía los ojos pesados. Pero Mercurio le dijo que no debía dormir entre los enemigos, y se lo llevó otra vez a Troya sin que los vieran los griegos.

Y hubo paz doce días, para que los troyanos le hicieran el funeral a Héctor. Iba el pueblo detrás, cuando llegó Príamo con él; y Príamo los injuriaba por cobardes, que había dejado matar a su hijo; y las mujeres lloraban, y los poetas iban cantando, hasta que entraron en la casa, y lo pusieron en su cama de dormir. Y vino Andrómaca su mujer, y le habló al cadáver. Luego vino su madre Hécuba, y lo llamó hermoso y bueno. Después Helena le habló, y lo llamó cortés y amable. Y todo el pueblo lloraba cuando Príamo se acercó a su hijo, con las manos al cielo, temblándole la barba, y mandó que trajeran leños para la pira. Y nueve días estuvieron trayendo leños, hasta que la pira era más alta que los muros de Troya. Y la quemaron, y apagaron el fuego con vino, y guardaron las cenizas de Héctor en una caja de oro, y cubrieron la caja con un manto de púrpura, y lo pusieron todo en un ataúd, y encima le echaron mucha tierra, hasta que pareció un monte. Y luego hubo gran fiesta en el palacio del rey Príamo. Así acaba la *Iliada*, y el cuento de la cólera de Aquiles.

JOSE MARTI READS HOMER.

150 years ago Jose Marti, the hero of Cuban Independence, was born. As most of Latin America's liberators, Marti embodied the classical topic of the "arms and letters". Marti's political career and literary works are gone over and a specifically Greek theme, Homer's Iliad, is studied as follows: 1) Marti as a man of arms and letters; 2) Marti the classicist: a) structure of Marti's essays, b) style and genre, c) arete or heroic virtues. The rhetorical structure of Marti's essays on the Iliad is highlighted: the interweaving of epic poetry and tale as genres, and Marti's adaptation of arete to the heroic time of Cuban Independence. The themes studied by Homeric scholars are dealt with by Marti using the simplicity of a children-oriented pedagogy.